ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

LORENZA, arreglando la habitación; RUFINA, que entra por el fondo, con sombrero y traje de calle.

RUFINA ¡Qué animación, qué alegría!... ¡Cómo está de gente esa plaza, y todo el prado de San Roque, y la calzada de Lantigua hasta el santuario.

LORENZ. Sí, sí; pocos años se ha visto tan concurrido como éste la romería de Nuestra Señora del Mar. ¡Ay, mi 15 de Agosto, fiesta grande de Ficóbriga, quién te conoció en aquellos tiempos!... Hoy, todo se vuelve bullangas, borracheras, comilonas, mucha gente de tierra adentro y de mar afuera... pero devoción... lo que se llama devoción... eso que no lo busquen, porque no lo hay... Y qué... ¿llegaron las señoritas hasta la ermita?

RUFINA Trabajillo nos costó romper por entre la muchedumbre... ¡Qué oleaje, qué remolinos!... Pero al fin llegamos, y ofrecimos á la Santísima Virgen los tres ramos de flores, los dos nuestros, y el tuyo. (Inquieta, mirando á la derecha.) Pero esta Rosario...

LORENZ. ¿No entró contigo?

RUFINA No; yo creí que había llegado antes.

LORENZ. No la he visto entrar.

RUFINA En el prado de San Roque me entretuvieron, charla que charla, las niñas de Lantigua. ¡Ay, qué picoteras! Cuando de ellas pude zafarme, Rosario no

estaba al lado mío... La busqué por los puestos y barracas de la feria, y nada. La señora Duquesa de San Quintín, sin parecer por parte alguna... Creí que se habría adelantado y que la encontraría aquí.

LORENZ. (Alarmada.) ¿Se habrá perdido entre el barullo de gente, y no sabrá volver á casa?

RUFINA ¡Quiá!... ¿Esa? Sabe llegar á donde quiere. No se pierde, no.

LORENZ. ¿Pero qué mala hierba ha pisado mi señora la Duquesa?... Ya no madruga, ya no trabaja; se pasa las mañanas cogiendo florecillas silvestres, y las noches haciéndole cucamonas á la luna, y contando las estrellas por ver si alguna se ha perdido.

RUFINA Rarezas de su carácter.

LORENZ. Rareza es, y de las gordas, poner esa cara de entierro, teniendo motivo para estar más contenta que unas pascuas.

RUFINA ¡Bah!... ¿Ya empiezas?

LORENZ. Sí... Que estamos acá poco enterados... Si en el pueblo no se habla de otra cosa.

RUFINA ¿Qué... qué dicen?

LORENZ. Que pronto serás hijastra de una excelentísima señora

RUFINA Quita, quita. No digas desatinos. ¿Tú qué sabes...?

LORENZ. Más que tú.

RUFINA Lo ocurrido en casa, tú no lo entiendes, ni puedes entenderlo.

LORENZ. (Por sí misma.) A fe que es tonta la niña. (Con misterio.) Desde el día de la revolución de casa...

RUFINA Cállate: no me lo recuerdes...

LORENZ. Desde el día en que repudiaron al señorito Víctor, dejándomele en la clase de pueblo soberano, ¡ay! en la casa de Buendía están pasando cosas muy raras. ¡Pobre joven! Cuando ya le íbamos tomando cariño, resultó que...

RUFINA (Melancólica.) Que no es mi hermano. Para mí lo será siempre. Como á hermano le miré desde que vino á casa, y por tal le tendré mientras viva. Cuando sea monjita, y cada día me atrae más la vida religiosa,... rezaré por él mañana y tarde, pidiendo al Señor que le conceda alguna felicidad... de la poquita que anda por esos mundos.

LORENZ. Bien se lo merece, ¡ángel de Dios! Nunca me olvidaré de aquella tarde en que le ví salir de casa para no volver más... Y no creas que iba caidito y con los humos aplacados... Lo que dije: para pueblo, paréceme demasiado altanero.

RUFINA (Con interés.) ¿No has vuelto á verle?

LORENZ. No.

RUFINA Díme la verdad.

LORENZ. Te juro que no.

RUFINA ¿Y no has sabido nada de él?

LORENZ. Ni esto. Yo pregunto á cuantos obreros conozco, y ninguno me da razón.

RUFINA ¡Cosa más rara!

LORENZ. Se habrá ido por esos mundos...

RUFINA No, no. Está aquí. Canseco debe saber dónde, porque el abuelito y papá le han dado el encargo... esto me consta: lo he oído yo... han dado á ese señor notario, tan diligente como oficioso, el encargo de proponerle...

LORENZ. ¿Cómo?... ¿qué?

RUFINA Verás. Yo le pedí por Dios al abuelo que no abandonara al pobre Víctor, y él... ¿á que no me acertas lo que ha discurrido nuestro adorado patriarca? Pues... regalarle la *Joven Rufina*, que ya está lista para darse á la vela, bien cargadita de mineral, y con víveres para dos meses. Anoche le dijo al capitán que abriera registro para Boston ó Filadelfia,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

con cargamento á la orden. Le dan el barco á Víctor, con escritura en regla, á condición de partir inmediatamente. La nave y cuanto contiene es suyo, y al llegar á los Estados Unidos puede venderlo, y comprar terrenos en el Oeste, y hacer unas fincas muy grandes, muy grandes...

LORENZ. ¡Ay, qué señor! ¡Qué manera de estar en todo, y darle á cada uno su por qué! Es la mismísima Providencia. Y el otro, ¿acepta?

RUFINA Pronto hemos de saberlo, porque el capitán de la fragata quiere salir en la pleamar de mañana.

LORENZ. (Apuntando una idea.) ¡Ay! ¿Estará D. Víctor á bordo?

RUFINA (Vivamente.) ¡Oh!... pues no se me había ocurrido... Hay que averiguarlo pronto, pronto.

LORENZ. Sí; por mi sobrino Juan, el contramaestre. (Va hacia el foro.)

RUFINA Oye. ¿Sabes que me inquieta la tardanza de Rosario?

LORENZ. Mandaré á Rafaela en su busca. (Mirando por el fondo.) ¡Ah! si ya está aquí. (Entra Rosario por el foro. Lorenza se detiene al verla, como queriendo entablar conversación.) ¿Buen paseito, señora Duquesa...?

RUFINA Anda, anda á lo que te encargué, y déjanos.

ESCENA II

ROSARIO, RUFINA

RUFINA ¡Gracias á Dios! ¿Pero dónde te metíste?

ROSARIO (Desasosegada.) No me perdí, no... Es que... (Con gran viveza.) Díme, ¿sabes algo?

RUFINA Nada, hija.

ROSARIO Y esa Lorenza, que todo lo sabe, y en todo se mete, ¿no ha podido averiguar...?

RUFINA Todavía no.

ROSARIO (Inquietísima.) ¡Qué ansiedad! Desde aquel día... que no olvidaré nunca, no hemos vuelto á verle ni á saber de él. ¿Por qué se esconde? ¿Es que huye de mí?

RUFINA ¡Oh, no!

ROSARIO Sería mudanza inexplicable. Sus últimas palabras, al despedirse de mí y de esta casa, fueron de apasionada ternura, de cristiana entereza. No sé qué me llegó más al alma, si el cariño que me mostraba, ó la fiera arrogancia con que afrontar quería la adversidad... Pero después... ahora... esta desaparición... esta fuga, si en efecto ha partido... No sé qué pensar... ¡Si vieras qué cosas se me ocurren!...

RUFINA ¿Qué?

ROSARIO Que al encontrarse solo, su espíritu ha caído en el marasmo, en esa pereza que ahoga los sentimientos nobles, dejando crecer la desconfianza, la malicia, el rencor.

RUFINA ¡Oh, no creas eso!

ROSARIO Bien pudiera ser que el amor que le inspiré haya sido ahogado por el sentimiento del mal que le hice.

RUFINA Quita, quita: eso no puede ser. Más bien me inclino á creer que hayan torcido su voluntad las voces absurdas que corren por el pueblo.

ROSARIO Que yo me caso con tu papá... ¡Ridícula invención!

RUFINA De ello me hablaron esta tarde mis amiguitas, y cuantas personas encontré al volver á casa. Claro; si Víctor da en creer también...

ROSARIO No puede, no debe creerlo... ¡Qué afán, Dios mío!... ¡Si al menos tuviera la seguridad de que llegó á sus manos la carta que ayer le escribí!

RUFINA Se la dí al carretero de la fábrica, que de fijo revuelve toda la villa y sus alrededores por encontrarle.

ROSARIO ¡Quiéralo Dios!... Esta tarde, ¿por qué crees que me separé de tí en San Roque, cuando charlabas con tus amigas? Fué que me pareció ver entre el gentío de la feria...

RUFINA ¿A Víctor?

ROSARIO Habría jurado que era él. Corrí tras aquel rostro que se me apareció un instante en las oscilaciones de la multitud... No era, no. Movida de un impulso irresistible, me lancé á recorrer toda la feria, con la idea, con el presentimiento de que había de encontrarle. Entre el bullicio loco, en medio de aquel tumulto mareante, yo me deslizaba ligerísima, entra por aquí, sale por allá... Aquí bailaban, allá comían. Todos, viejos y niños, hombres y mujeres, respiraban el contento del vivir, esa alegría franca que no conocemos los que hemos nacido y vivido en un mundo artificioso, todo sequedad y formas afectadas... que se sostienen con alambres... Yo no hacía más que mirar, mirar, mirar, toda el alma en los ojos, revolviendo con ellos el sin fin de caras de aquella muchedumbre hirviente de vida, humanidad fresca, con sangre, con músculos, con alma... Ví rostros atezados de marineros, con todo el ceño de la mar en sus ojos, caras de obreros, marcadas con el sello del carbón... ví aldeanos, trajinantes, diversa gente... pero ¡ay! entre tantas caras no ví la que buscaba. ¡Y yo confiada ciegamente en que la Virgen me concedería lo que le pedí!... ya ves... le pedí bien poca cosa... He sido muy desgraciada... he vivido en la aridez de la vida elegante... Le pedía que me concediera volver á ver al único hombre que ha sabido entrar en mi corazón... y quedarse dentro.

RUFINA ¡Oh, bien puede concedértelo! Es que te equivocaste de ruta. En vez de ir al prado, debiste bajar hacia el puerto.

ROSARIO Si fuí, tonta. Bajéme á la ría, y la recorrí desde la machina del mineral hasta la rampa de los pescadores... Ví tres, cuatro, muchas lanchas que llegaban de la otra orilla, los palos engalanados con banderas, follaje y enormes matas de arbustos preciossiímos; venían llenas de peregrinos, todos con ramas de laurel y guirnaldas de flores para ofrecerlas á la Virgen... ¡Tampoco, tampoco allí!... Y aquella gente que desembarcaba gozosa, como si al poner el pié en tierra creyera descubrir un mundo, pasaba junto á mi pena inmensa sin advertirla. ¡Oh, mi pena, qué pequeña, qué diminuta, qué invisible para los demás, para el mundo entero... para mí qué grande!...

RUFINA Tranquilízate. De hoy no pasa que sepamos... Por Dios, ten paciencia.

ROSARIO Eso es lo que no puedo tener. Recomiéndame todas las virtudes; pero la paciencia no.

RUFINA Cuidado... Papá y el abuelito.

ESCENA III

DICHAS; D. CÉSAR, dando el brazo á D. JOSE

D. JOSÉ ¡Ah, picaronas! ¿habéis estado en la feria?

ROSARIO Sí, señor; y hemos llevado flores á la Virgen.

RUFINA Y le hemos pedido que os dé á los dos muchísima salud.

D. CES. ¿A mí también? ¿Han rezado por mí?

ROSARIO Sí señor... también por usted.

D. CES. Gracias. Pero hasta ahora, la Virgen no le ha hecho usted maldito caso, porque hoy no me siento mejor que ayer.

ROSARIO Es que Nuestra Señora del Mar, este año, no está muy benigna que digamos... No concede nada de lo que se le pide.

D. JOSÉ ¿Van esta noche al baile del Casino?

ROSARIO Yo no.

RUFINA Y si quisiéramos ir, ¿nos dejarías, abuelito?

D. JOSÉ ¡Ah, hijas mías, ya no soy el que manda aquí! ¿Sabéis la resolución que he tomado?

RUFINA Y ROSARIO ¿Qué?

D. JOSÉ Pues... considerando que mi querido hijo tiene en poco la autoridad que ejerzo en esta casa desde hace más de medio siglo, considerando que se empeña en ir por caminos que no son de mi gusto, Nos... abdicamos. (Se sienta.)

ROSARIO ¿Es de veras?

D. JOSÉ (Con seriedad.) Sí. Y algo muy importante que yo debía decirte hoy, él te lo dirá. Allá os entendáis vosotros. (D. César habla aparte con Rosario; D. José con Rufina.) El quiere perderse, y se perderá.

ROSARIO Pero D. César, ¿todavía insiste usted?

D. CES. ¿Cómo no? La constancia es mi único mérito. Insisto, sí.

ROSARIO ¿A pesar de la reyerta desagradable del otro día?

D. CES. A pesar de todas las reyertas pasadas, presentes y futuras.

ROSARIO Creí que me guardaría usted rencor.

D. CES. ¿Por qué? ¡Ah! por haberme revelado... Al contrario... si debo agradecerlo... Con intención ó fines que no comprendo bien, usted me libró de un error afrentoso... Al herirme, me hirió con la verdad; y la verdad, dígase lo que se quiera, siempre se agradece... Ya ve usted que soy claro. Imíteme en la claridad, y dígame...

ROSARIO (Disgustada.) Si le parece, dejemos para otra ocasión ese asunto. Tengo que escribir á mi familia... Estoy muy holgazana.

D. CES. ¡Ingratuela! Siempre huyendo de mí.

ROSARIO Hasta luégo. (Á Rufina.) ¿Vienes? (Vanse por la dra.)

ESCENA IV

DON JOSÉ, D. CÉSAR

D. JOSÉ Por lo que veo, sus desdenes no te curan de tu loca inclinación.

D. CES. Usted lo ha dicho: inclinación ciega, locura... No puedo remediarlo. Es mi temperamento, es mi carácter que se embravece con los obstáculos, mayormente cuando conoce que son más artificiosos que sinceros. Rabiando, rabiando está ella por amasar su nobleza sin jugo con la vulgaridad substanciosa de la casa de Buendía. Sólo que con habilidad suma regatea su consentimiento para obtener las mayores ventajas.

D. JOSÉ (Levantándose airado.) Repito que...

D. CES. (Flemático.) Pero, padre, abdica usted, ¿sí ó no?

D. JOSÉ (Sentándose.) ¡Ah, ya no me acordaba!... Haz lo que quieras... No digo nada. Me he metido en Yuste, y desde mi humilde monasterio, asistiendo á mis propios funerales, veo cómo te las gobiernas solo.

D. CES. Me las gobernaré como pueda...

D. JOSÉ Ya no intervengo más que para hacer cumplir una de las últimas disposiciones de mi reinado. Dí: ¿vendrá pronto el amigo Canseco?

D. CES. Le espero de un momento á otro.

D. JOSÉ Y nos dirá si ese pobre joven acepta ó no...

D. CES. ¿Pero usted lo duda?... ¿Qué más puede desear?... Pues no sé... Le damos, por su linda cara, un barco magnífico...

D. JOSÉ Sí, con todas las maderas podridas... Está como nosotros. En fin, sepamos si ese diligente notario...

D. CES. (Que se acerca al foro como para dar órdenes.) En nombrando al ruín de Roma... Aquí está ya.

ESCENA V

DICHOS; CANSECO

D. CES. ¿Qué hay?

CANSEC. (Enfáticamente.) Grande, estupenda novedad.

D. CES. A ver...

CANSEC. Entre paréntesis... (Estrechando con efusión la mano de D. César.) Sea mil y mil veces enhorabuena, mi queridísimo D. César.

D. CES. ¿Por qué?

CANSEC. Si en el pueblo no se habla de otra cosa... ¡Y cuán dichoso será para todos los habitantes de Ficóbriga el día en que vengamos á felicitar al excelentísimo señor Duque de San Quintín!...

D. CES. ¡Oh... no hay nada todavía!... Podría ser... pero... En fin, amigo mío, ¿qué hay de...?

D. JOSÉ ¿Le ha visto?

CANSEC. Sí señor.

D. CES. ¿Dónde vive?

CANSEC. Pásmense ustedes. (Expectación.) ¿Se han pasmado ya?

D. CES. Sí; pero sepamos...

D. JOSÉ ¿Dónde está?

CANSEC. En la Virgen del Mar.

D. JOSÉ ¿En el santuario?

CANSEC. En la rectoral, en la casa del cura.

D. CES. ¿Don Florencio?

CANSEC. Sí; ahora resulta que son muy amigos.

RUFINA (Asomada á la puerta de la derecha, oye las últimas frases.) ¡Ah!... (Vuelve á entrar en la habitación de Rosario.)

D. JOSÉ ¿Habló usted con él?

CANSEC. Sí señor. Más de media hora.

D. CES. Por de contado, admite el socorro, y se embarcará inmediatamente.

CANSEC. Pues no me ha declarado de un modo explícito su conformidad.

D. CES. ¿Que no?

D. JOSÉ Pues...

CANSEC. Vamos por partes. Me contó que, al día siguiente de su salida de esta casa, fué á Socartes, llamado por un ingeniero belga, amigo suyo, y camarada de la escuela de Lieja.

D. CES. ¡Ah, sí... Trainard, que es aquí cónsul de Bélgica!

CANSEC. Acompañado de su amigo y de la señora de su amigo, regresó aquí esta mañana.

D. CES. ¿Y qué más?

CANSEC. Pues nada... Pretende que ustedes le concedan una audiencia, y en su nombre vengo á solicitarla.

D. JOSÉ ¡Audiencia, aquí!

D. CES. No, no: aquí no tiene que poner los piés. No faltaba más... Dígale usted que no, que no.

CANSEC. Según me indicó el interfecto, tiene que manifestar á ustedes cosas de la mayor importancia...

D. CES. ¡Bah, bah!... Que nos deje en paz.

CANSEC. Presumo... no es que yo sepa... presumo que será algo referente á la triste revelación hecha por la señora Duquesa... Y, entre paréntesis, ya que hablo de la ilustre dama...

D. CES. ¿Qué?

CANSEC. (Con misterio.) Pues... cuando en el curso de nuestra conversación, salió á relucir el nombre de la señora Duquesa, noté en el rostro del Víctor una turbación, un sobresalto... vamos... al momento comprendí... ¿Para qué quiero yo esta perspicacia que me ha dado Dios?... Claro, como la nobilísima pariente de los señores de Buendía fué quien rec

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

ficó aquel gravísimo error de familia, es perfectamente lógico que el interfecto, víctima inocente de la manifestación de la declarante, haya cobrado á ésta un odio mortal... Conviene que estén ustedes prevenidos.

D. CES. Pero qué... ¿se atrevería...?

D. JOSÉ No creo...

CANSEC. A Segura llevan preso. Adelantémonos con sabia previsión á cualquier trama diabólica que pudiera imaginar el deseo de venganza.

D. CES. ¡Oh! es imposible...

CANSEC. Yo no afirmo... sospecho... Pesimismos de curial que ha visto muchas picardías... Y, entre paréntesis, ¿qué contesto á la petición?

D. JOSÉ Eso tú.

D. CES. Ya he dicho que no; resueltamente que no.

ESCENA VI

DICHOS; ROSARIO, RUFINA por la derecha.

ROSARIO (Desde la puerta.) ¿Es secreto lo que se habla?

D. CES. No... pasen.

CANSEC. (Adelantándose á saludarla.) Excelentísima señora... (Con misterio y oficiosamente.) No tenga usted miedo.

ROSARIO ¡Miedo!

CANSEC. Está usted segura... No hay cuidado. Aquí estamos todos para velar por su preciosa existencia... La única precaución que puede usted tomar es no salir de casa hasta que...

D. CES. Pero si de una manera ó de otra, el interfecto, como usted dice, ha de salir pronto de Ficóbriga... ¡Pues no faltaba más!...

ROSARIO ¡Ah!... ya sé de quién hablan.

D. CES. Y ahora sale con la ridícula pretensión de que le concedamos una entrevista.

CANSEC. Una audiencia... aquí.

D. JOSÉ Pretenderá un auxilio más positivo.

RUFINA Concédeselo, abuelito.

D. JOSÉ Yo no mando... Ese dispondrá...

D. CES. ¡Recibirle aquí! ¡En mi casa!

RUFINA Papá... recíbele... ¿Qué te importa?... (Á Canseco.) ¿Dónde está?

CANSEC. Bien cerca de aquí. Vino conmigo hasta la puerta, y en los pórticos de la plaza está aguardando la resolución de los señores.

ROSARIO (Aparte á Rufina.) (Corre, llámale.) (Vase Rufina por el fondo.) Por deber de conciencia, Sr. D. César, y recordando la parte principal que tuve en un suceso... lamentable, estoy obligada á interceder por el desgraciado interfecto... Los señores de Buendía, tan hidalgos y generosos, deben... por lo menos oirle y enterarse de lo que pretende

D. CES. (Excusándose.) Rosario, yo siento mucho...

RUFINA (Presurosa por el fondo.) Ya está aquí.

ROSARIO Que pase...

D. CES. ¿Usted lo manda?

ROSARIO Y usted lo aprueba.

D. CES. Sea.

ESCENA VII

DON JOSÉ, D. CESAR, ROSARIO, RUFINA, CANSECO, VICTOR. Siéntanse todos. D. José á la derecha, teniendo á su derecha á Rufina, á su izquierda á Rosario; enfrente D. César, y Canseco á su lado. Queda despejado el centro de la escena. Aparece Víctor en la puerta del foro, vestido de caballero, decentemente sin afectación de elegancia. Permanece un instante en la puerta, esperando que le manden pasar.

D. JOSÉ Pasa. (Víctor no se mueve.)